

LAS ANTIGUAS CULTURAS DEL ARCHIPIÉLAGO CUBANO

Lillián Moreira de Lima

RESUMEN

A partir de una amplia y disímil bibliografía arqueológica, histórica y etnográfica, algunas más recientes y otras no tanto, pero todas de gran validez, se plantea una visión histórico-cultural, de las característica más relevantes de los grupos humanos que poblaron Cuba desde hace alrededor de 10 mil años hasta 1492, flujo que fue interrumpido con la llegada de Cristóbal Colón. El artículo comprende: contenidos de la vida cotidiana, sociedad, cultura, comportamientos ante la muerte y, de las poblaciones más avanzadas que llegaron a la Mayor de Las Antillas, las últimas oleadas de aruacos parlantes, se incorpora, además, su cosmovisión, religiosidad, magia y mitología.

Palabras clave: Cuba- Historia Antigua- aruacos- migraciones- cultura-

ABSTRACT

Beginning with an ample and diverse archeological, historical and ethnographic bibliography—some recent and others not so recent but all of a great validity—this presents a historic/cultural vision of the most relevant characteristics of the human groups that populated Cuba from around 10,000 B.C., a flow that was interrupted by the arrival of Christopher Columbus. The article covers: the content of daily life, society, culture, behavior regarding death and the more advanced populations that arrived on the island, the final waves of Aruacos speakers, incorporating also their world vision, religion, magic and mythology.

Keywords: Cuba- Ancient History- Aruacos- migrations- culture

LA REGIÓN CARIBE

El archipiélago cubano, al igual que las otras Antillas, se localiza en el espacio bañado por el Mar Caribe. En su acepción físico-geográfico abarca el sector de tierras recorridas por esa dimensión marítima, también denominada Mar de las Antillas. Está conformado por un semicírculo irregular que se extiende por las costas sudamericanas desde Venezuela y Colombia, continúa por las costas de Centroamérica y la saliente de Yucatán que se acerca a Cuba, sigue hacia las Antillas Mayores y se cierra al este con el gran rosario de islas, isletas y cayos del conjunto de las Antillas Menores.

El Caribe nunca fue un mar que separó o aisló, ni se erigió como una barrera entre los

grupos humanos que desde épocas tempranas se adentraron en sus aguas. Por el contrario siempre constituyó una vía de enlace y de comunicación.

Todos los grupos humanos que se dirigieron hacia territorios antillanos, se aventuraron a desafiar un mar proceloso y, en consecuencia, desde etapas antiguas, tenían que conocer el arte de la navegación, aún en sus formas más rudimentarias, como balsas, simples troncos de árboles, o más perfeccionados, como las canoas utilizadas por las últimas oleadas de emigrantes. Era imprescindible ese tipo de transporte puesto que solo a través del mar tenían acceso a las islas, hacia donde se dirigieron debido a condiciones cambiantes de su medio ambiente, y/o a condiciones socio-económicas desfavorables.

La ocupación antillana no se realizó de manera continua sino que se llevó a cabo a través de varias oleadas migratorias que abarcaron muchos siglos.

DIVERSIDAD CULTURAL EN EL ANTIGUO POBLAMIENTO DE CUBA

Todos los humanos que llegaron a las Antillas y al archipiélago cubano eran de ascendencia mongoloide o amerindia. Físicamente eran de baja estatura, cara ancha, de tipo lampiño, ojos oblicuos y oscuros, la piel de color aceitunado, cabellos lacios y negros. Los últimos pobladores, de lengua arauca, practicaban, además, de manera artificial la deformación craneana, dándoles así la imagen de una frente muy ancha.

Hacia 1492, las migraciones de los agricultores arahuacos o aruacos constituían la población mayoritaria de Cuba y de las otras Antillas Mayores, aunque no eran los únicos. Colón los describió de forma que difícilmente pudieran ser los súbditos a los que se refirió Marco Polo, aunque el gran Almirante sostuvo hasta su muerte haber llegado a las tierras del Gran Khan, a Catay, como entonces se nombraba a China. Sobre ellos decía el almirante que:

“andan todos desnudo (...) muy bien hechos, de muy hermosos cuerpos (...) los cabellos gruesos cuasi como sedas de caballos, é cortos (...) salvo unos pocos detrás que traen largos (...) dellos son del color de los canarios, ni negros ni blancos (...) y todos de la frente y cabeza muy ancha (...) que andan todos desnudos todos, hombres y mugeres. (...) Verdad es que las mugeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que les cobija su natura y no más. (Colón, 1984, P.30,31 y 53)

Las poblaciones que llegaron a las islas caribeñas y a Cuba poseían diversas gradaciones de desarrollo socio económico y cultural, que comprendía desde diferentes estadios de la sociedad comunitaria hasta la transición a la sociedad de clases. Se establecieron y/o evolucionaron en el archipiélago cubano, en un período que abarca, aproximadamente, desde cerca de 10 000 años hasta fines del siglo XV, en 1492.

Fueron sucesivas oleadas, las que abarcaron desde culturas de cazadores-recolectores, culturas de pescadores-cazadores-recolectores y las últimas, integrantes de una cultura agrícola. A la vez, cada una de esas grandes agrupaciones se caracterizó internamente por sus especificidades y diversos matices culturales.

Los primeros ocupantes de las Antillas Mayores eran portadores de características semejantes, tanto, entre los que llegaron a Cuba como los de Haití, y los de Borinquen. Rebautizadas, La Española y Puerto Rico. Se dedicaron fundamentalmente a la caza y, solo muy tardíamente incorporaron, sin llegar a ser trascendente, algún componente de la pesca. Hacia el siglo XV, debido a factores que aún se desconocen, se habían extinguido y por lo tanto no fueron conocidos por los españoles.

Denominaciones diferentes, inicialmente relacionadas con los nombres de los primeros sitios arqueológicos donde fueron localizados por primera vez, fueron utilizadas para designar a los distintos grupos humanos que sucesivamente poblaron el archipiélago cubano.

Se denominó Seboruco (1) a las comunidades de cazadores, pues en esa localidad de la costa norte del oriente cubano, en la provincia de Holguín, fueron arqueológicamente “descubiertos” inicialmente. Unos años después, vestigios de comunidades de semejante nivel cultural se observaron en otras áreas de la Mayor de las Antillas, tanto en el centro de la isla como hacia el sur de la región oriental. A su vez, Seboruco se corresponde con los sitios de Mordán Barreras en República Dominicana y tiene similitudes y sus expresiones propias, con los artefactos elaborados por los pobladores de la cordillera Central que atraviesa, las hoy, República Dominicana y Haití.

Sobre la procedencia de estas primeras poblaciones del ámbito antillano, existen diferentes hipótesis, que los relaciona tanto con América del Sur, como con lugares cercanos a la desembocadura del río Mississippi al sur de los Estados Unidos.

Otros grupos humanos, con una civilización más evolucionada, ocuparon casi todo el archipiélago cubano, cuya economía se basaba fundamentalmente en la pesca, además de la caza

y recolección. Algunos, fueron adecuándose a las nuevas realidades de manera que conocieron los principios del cultivo e incluso pudieron llegar a realizar una agricultura esporádica. A diferencia de los primeros, cuyos artefactos eran solo de piedra, éstos, aunque también la utilizaron, tenían una técnica diferente, más perfeccionada, adecuada a su nueva economía e, introdujeron la concha en su más amplio espectro artefactual.

Arribaron a este territorio insular, en diversas oleadas, alrededor del 4000 y hacia el 2000 a.n.e. Genéricamente se les denominó Ciboney y, como se tuvo en cuenta las peculiaridades de los primeros sitios donde se localizaron, se les diferenció entre Ciboney Guayabo Blanco, ubicado en la Ciénaga de Zapata, costa sur de la provincia de Matanzas y, Ciboney Cayo Redondo, localizado en la península de Guanahacabibes, la región más occidental de la provincia de Pinar del Río. Estos últimos han sido asociados al Guanahabey del padre Las Casas. Si bien las denominaciones siguen siendo diversas, debido a ciertas diferencias en sus artefactos, la tendencia actual es la de tomarlos en conjunto, ya que a medida que se profundizan los estudios arqueológicos, resulta difícil hacer claras diferenciaciones entre ellos.

Actualmente se considera que fueron migraciones antiguas que recorrieron el arco de las Antillas Menores procedentes de Venezuela, emparentados con poblaciones del tronco lingüístico Arauco y, debieron separarse del núcleo originario en épocas lejanas cuando aún no habían desarrollado las prácticas agrícolas.

Los agricultores constituían la población principal que entró en contacto con los españoles, y es por tanto, de quienes dejaron mayor información (2). Procedían de las intrincadas regiones del Amazonas y el Orinoco. Llegaron a las islas en sucesivas avanzadas, desde de Venezuela a través del arco de las Antillas Menores, hecho que se detecta, entre otros indicadores, por el tipo de cerámica que elaboraron. Erróneamente se los generalizó con el nombre de taínos, cuando éstos solo eran una de las etnias aruacas, la más avanzada culturalmente de entre la población indo antillana. Según los cronistas, cuando los miembros de dicha etnia veían a los españoles, decían en alta voz, taínos, taínos (3), para que los

distinguieran de los feroces y guerreros caribes, a quienes ellos también temían porque los atacaban y raptaban a sus mujeres.

El primero que señaló la dimisimilitud de los grupos indocubanos, (los que pervivían hacia el siglo XV), fue el padre Bartolomé de Las Casas cuando señaló que:

"...unos indios que están dentro en Cuba, en una provincia al cabo della, los cuales son como salvajes, que en ninguna cosa tratan con los de la isla ni tienen casas, sino están en cueva continuo, si no es cuando salen a pescar: llámense Guanahatabeyes.... Otros hay que se llaman Zibuneyes, que los indios de la misma isla [los aruacos] tienen como sirvientes y así son casi todos los de los jardines". (Pichardo, 1965, P.63).

La arqueología se encargó de poner en evidencia que la complejidad cultural del Archipiélago cubano era mayor de lo que observó Las Casas pues, no solo ha demostrado la existencia de grupos desconocidos por los conquistadores, sino que existen entre ellos matices peculiares que los ocupantes no siempre pudieron distinguir y, por lo tanto, no debe seguirse al pie de la letra lo expresado por el fraile. Incluso en lo dicho sobre los "Guanahatabeyes" ya que muchos de sus campamentos no estaban en cuevas sino en espacios abiertos.

Los humanos que emigraron hacia el Caribe y se establecieron en las Antillas Mayores, plasmaron sus propias elaboraciones materiales y espirituales, de forma que le imprimieron su sello distintivo. Sus disímiles niveles de civilización se conjugaron con la interacción de las habilidades propias y los conocimientos adquiridos, las prácticas económicas y las mentalidades, en interacción con el medio que los circundaba, manifestando así sus propias culturas.

VIDA COTIDIANA Y SOCIEDAD CULTURAS DE CAZADORES-RECOLECTORES

Las poblaciones más antiguas del archipiélago, localizadas en Mayarí, provincia de

Holguín, fueron datadas por el método del carbono 14, en 5 140 A.P., no obstante, los especialistas en piedra tallada, consideran que sus antigüedades deben ser cercanas a los 10 mil años y, más aún con los hallazgos de artefactos en el centro del país que, por su factura, se los considera de mayor arcaicidad. Habían desarrollado un rudo instrumental de piedra, utilizando la abundancia de sílex de buena calidad que obtenían en las canteras cercanas en Mayarí.

Grandes núcleos de sílex, eran tallados rudamente, de manera que el resultado fueron masivos y elementales instrumentos, algunos de los cuales pesaban entre 3 y 5 kilogramos, aunque también los hubo de menor tamaño. Dichos instrumentos fueron utilizados en el trabajo de la madera y para la caza de algunos animales.

Convivieron con mamíferos de muy buen tamaño, como el (*Megalognus rodens*), los que parados en sus patas inferiores medían un metro y medio, conocido por perezoso, debido a su lento desplazamiento, así como con el (*parocnus*), un tipo de oso; dos especies de (*Acrotocnus*) y también la caza del manatí, justificarían el gran tamaño de sus instrumentos.

Una cultura de cazadores, con artefactos diferentes a los de Holguín, fueron localizados en la región central de Cuba, caracterizados por la presencia de hachas de mano en forma de sillín de bicicleta, consideradas de factura aún más antigua. Si bien aún no han podido ser datados fehacientemente, se siguen realizando temporadas de campo, a los fines de obtener mayor información.

Habitaron en improvisados y temporales campamentos, protegiéndose de las inclemencias del tiempo con enramadas o, coyunturalmente, en oquedades que les brindaba la naturaleza. La ubicación de muchos lugares donde trabajaban el sílex, permite inferir una vida de seminomadismo, aunque hasta el momento no se localizaron sitios con vestigios de haber sido habitados. Su organización social debió ser elemental, aunque no se disponen de más informaciones sobre el particular, como tampoco de su cultural, ni de sus concepciones espirituales.

La integrantes de cultura Ciboney (4) arribaron tiempo después. Como se señaló, eran

parte de una población que practicaron la pesca sistemática y, desarrollaron la cultura de la concha. Si bien, continuaron utilizando la piedra tallada, sus útiles eran de factura diferente a la de los antiguos cazadores, en consonancia con su tipo de economía. Elaboraron pequeños y grandes morteros y manos de moler de formas cilíndricas, cónicas y rectangulares. Utilizaron asimismo, huesos, vértebras, los grandes caracoles, el cobo (*strombus*), quinconte, tritón y el xancus, de los cuales obtenían alimento y de sus cochas hicieron diversos útiles, compuestos por más de 30 tipos de utensilios, tales como martillos, puntas, picos, cuchillos, raspadores, cucharas, vasijas y las denominadas gubias, muy similares al escoplo de un carpintero, las que debieron ser utilizada en funciones similares. Es por ello que se señalar la existencia de una cultura de la concha.

La alimentación era variada. Pescaban en los ríos y en el mar, diversos peces, manatíes, ostras, cangrejos y caracoles. Cazaban pequeños animales, como jutías, e iguanas, a la vez que recolectaban raíces y tubérculos como la guáyi-ga, junto a otros frutos de estación.

Al disponer de alimentos menos inseguros, en dependencia de las estaciones, pudieron elevar su nivel cultural y espiritual y disponer de tiempo para la elaboración de objetos rituales y adornos corporales.

Hacían una vida semi sedentaria. La mayoría vivía al aire libre en campamentos a los que, según los registros arqueológicos, regresaron periódica y sistemáticamente durante el transcurso de muchos años, dislocándose en pequeños grupos, hacia otros lugares en períodos estacionales.

Se los ubica en zonas donde podían disponer de agua dulce, en orillas de ríos o arroyos, así como en zonas costeras de mangles, pantanos, ensenadas y bahías, e interactuaron con un medio propicio que les permitió obtener adecuados recursos marinos, fluviales y terrestres y, realizaron una importante explotación de los manglares así como emplearon posibles prácticas rudimentarias de agricultura.

LAS CULTURAS DE AGRICULTORES

Las últimas oleadas humanas que se asentaron en Cuba, fueron las que alcanzaron un mayor nivel de desarrollo económico y social, basados en una cultura agrícola.

La yuca amarga era uno de los componentes más importantes de su alimentación. La sembraban directamente en el campo, mediante el sistema de roza, o utilizaban la técnica de montones que era más productiva. También sembraban otros tubérculos, frijoles, ajíes, maíz, y posiblemente algodón. El sistema de pesca estaba muy desarrollado, pues los cronistas describieron métodos diversos. Pescaban en alta mar y en la plataforma, utilizaban redes y, empleaban hierbas, llamadas baiguá que, los adormecían y, empleaban otro pequeño pez llamado guaicán, que se adhería a las presas más grandes. Prepararon embalses en lugares apropiados, cercando el estuario o tibaracones con estacas donde mantenían a los peces vivos, principalmente las lisas. También pescaban caguamas y, el padre Bartolomé de Las Casas reitera que ellos estaban "abundantísimos" de comida y no tenían más porque no lo deseaban. Así mismo domesticaron jutías, ciertas "avecillas" y el llamado perro mudo. Esto consta en la Historia de las Indias de Bartolomé de las Casas y en los diarios de Colón los días 28 y 29 de octubre de 1492.

El procesamiento de la mandioca o yuca amarga demandaba la elaboración de artefactos especializados puesto que el tubérculo contenía un ácido venenoso que debía ser extraído para hacerla comestible. Tuvieron así que preparar los guayos de madera, incrustados con pequeñas piedrecillas para rayar el tubérculo. Esa masa la recogían en hojas de yaguas dejándola reposar un día para luego exprimirla en el cibucán, que tejían con fibras vegetales de forma alargada. Lo colgaban de una estaca que retorcían con el fin de extraer el líquido venenoso. Éste se guardaba, se dejaba fermentar y, perdido los efectos nocivos se utilizaba como bebida espirituosa en sus actividades rituales.

El sistema aborígen de yuca y casabe fue tan importante como para que paralelamente a las primeras haciendas de crianzas de la etapa colonial, se concedieran "estancias de casabe".

La cerámica desarrollada, fue una innovación introducida por estas comunidades. Confeccionaron los burenes, especie de plato redondo que servía para cocer el casabe (una torta de yuca achatada como una lámina), la que conservaban durante meses guardados en las "barbacoas" levantadas con ese fin. Los burenes podían ser lisos o grabados, de manera que esos motivos se estampaban en el pan de yuca, que sería utilizado en alguna ceremonia. Ese plato de cerámica no solo sirvió para hacer el casabe sino que, además, lo emplearon para otros fines como nuestras modernas sartenes. Las formas y estilos de los ceramios se fueron transformando en las Antillas, y en Cuba no se han observado esas cerámicas más antiguas pintadas de blanco y rojo, de factura de alta calidad localizadas en Puerto Rico, procedentes del sitio Saladero en Venezuela.

Sus artefactos de cerámica consistían en diversas vajillas, muchas de ellas, de forma navicular, aunque las había de diferentes tamaños y formatos, con decoraciones incisas y asas que representaban figuras zoomorfas, como batracios, lechuzas y murciélagos, y otras con decoraciones antropozoomorfas. No eran pintadas, y sus colores variaban según el barro y el calor alcanzado en los hornos para su cocción.

La concha de los caracoles fue aprovechada para realizar útiles de uso cotidiano y también instrumentos musicales o, para servir de vía de comunicación, como los guamos o fotutos, que podían ser escuchados a grandes distancias.

Utilizaron el hueso y, de piedra realizaron hermosas hachas de diorita negra finamente pulidas, conocidas por el nombre de hachas petaloideas por la peculiaridad de sus formas. Muchas de ellas eran de uso cotidiano y, otras tenían fines rituales.

De madera fabricaron arcos, flechas y una especie de mazo, llamada macana (sus armas de guerra), y la coa con la que hacían los hoyos para sembrar, así como los mencionados guayos. Asimismo, la madera fue utilizada en objetos relacionados con la ritualidad.

La agricultura, la caza, la pesca y los rudimentos de domesticación crearon las condiciones para disponer de recursos almacenados y por

ende, su mundo material y espiritual se amplió notablemente.

Vivieron en aldeas y, sobre ello, Colón informó en su primer viaje de navegación que los tamaños de las mismas eran diferentes y podían abarcar desde un reducido número de casas a otras de mayores dimensiones. Eran casas clanales donde habitaban las familias extendidas. Los recintos habitables estaban planificados de manera que en el centro quedara una "plaza" donde se reunían los pobladores a realizar sus rituales y otras actividades que involucraba al conjunto de la sociedad. El sistema de una cultura agrícola contribuyó al desarrollo de una sociedad en transición, de lo tribal-igualitario a las llamadas jefaturas-jerarquizadas, donde las relaciones de parentesco constituían aún un importante elemento de cohesión social y, un liderazgo consolidado, adelantaba una evolución hacia formas sociales más complejas (5).

A la cabeza de esa jerarquía social estaban los caciques. Hacia 1492, ese cargo tendía a hacerse hereditario, en unos casos por vía materna y en otros, por vía paterna. Los caciques eran quienes dirigían la aldea y, en algunos lugares del oriente y centro de Cuba habían logrado determinado control sobre otros caciques "menores" y sus gentes. Una confederación denominada cacicazgo, máxima expresión de la transición (Moreira, 2003, P.144). Otros personajes relevantes, eran los behiques. Ocupaban un importante lugar en esa jerarquización y realizaban funciones de médicos herbolarios y hechiceros. Los nitaínos, eran personas de cierto rango, posiblemente emparentados con la familia del cacique y con quienes se reunía para tomar decisiones de importancia para toda la comunidad. Por debajo de ellos, estaba el grueso de la población integrada por los aldeanos. Según Las Casas, los remanentes de las poblaciones de pescadores-cazadores-recolectores, habían sido subyugados por los aruacos, convirtiéndoles en sus sirvientes.

La importancia de los caciques fue observada por los españoles, en más de una oportunidad. Se engalanaban con plumas de vistosos colores y usaban cintos tejidos de algodón y

adornados con cuentecillas de colores y huesos de pescado que se ajustaban con una fíbula de concha, la que tenía labrada una gran cara y, es por eso que se las denomina caratonas. También portaban alrededor del cuello ornamentos de cobre y oro de bajo quilates llamado guanín, así como collares de cuentas de mármol. A veces usaban en la cabeza una corona de pequeñas piedras blancas y de colores. Lucían un pendiente sobre la frente y los correspondientes en las orejas, formados por grandes discos de guanín con colgantes de pequeñas cuentas verdes. Por debajo de las axilas usaban unos rollos de algodón y otros dos en cada pierna debajo de las rodillas. También tenían derechos privativos para el consumo de ciertos "manjares", tal es el Majá de Santa María.

Los aruacos que llegaron a las Antillas, se caracterizaban por una serie de expresiones culturales, propias del área amazónica y algunas, aún hoy, se observan entre comunidades de Venezuela y Guyana. Vivían en aldeas en las que levantaban sus casas clanales, utilizaban hamacas tejidas de algodón donde dormían, poseían un amplio dominio de la navegación, practicaban la deformación del cráneo posiblemente con carácter ritual, utilizaban colorantes, el uso ritual del tabaco, adoraban a los cemíes que representaban a sus dioses, práctica del juego de pelota y los areitos, danzas y cánticos rituales.

CULTURA MATERIAL Y ESPIRITUAL LAS CULTURAS DE PESCADORES CAZADORES-RECOLECTORES

Las comunidades de pescadores-cazadores-recolectores, no solo se preocuparon por resolver sus necesidades básicas sino que ampliaron sus concepciones espirituales y, en consecuencia, elaboraron artefactos de compleja diversidad, vinculados a las jerarquías que se perfilaban, así como con la ritualidad.

Fabricaron piezas de madera, algunas labradas al fuego, como el denominado bastón de Malpotón (occidente de Cuba) hecho de madera dura de color negro, de 61 centímetros de largo, de forma cilíndrica y un disco en uno de sus

extremos. Está esculpido con series alternas de ranuras y líneas de puntos verticales y horizontales. Es considerado un signo de mando y de jerarquía.

Los adornos corporales fueron realizados a partir de distintos tipos de cuentas de hueso, de dientes de tiburón y de vértebras de peces, con los que formaban collares y colgantes. Utilizaron, al igual que lo hicieron los aruacos, materiales tintóreos, que les proporcionaba colores, tales como el rojo, el amarillo y el negro. Los obtenían de algunas plantas y de piedras duras que contenían óxido de hierro. Esas pinturas fueron empleadas, no solo como adornos corporales para protegerse del sol y los insectos, sino con fines mágico-ritual.

En su ajuar se destaca algunos implementos de piedra, así como objetos de cuarzo, llamados corazones por la forma de los mismos, de un tamaño un poco mayor que el puño de un hombre. Son de gran belleza y cuidadosamente pulimentados. No se conoce cual era su función, aunque parece evidente el carácter ritual, ya que no tienen vestigios de haber sido empleadas en ninguna tarea material. Asimismo, realizaron otros artefactos de carácter mágico religioso, como se expresará, relacionados con la vida ultraterrena.

Integrantes de estas comunidades fueron quienes dejaron para la posteridad las complejas pictografías, localizadas en la Cueva número uno de Punta del Este en la Isla de la Juventud, adjudicadas a los más antiguos de estos grupos. Otras pictografías relacionadas con dichas comunidades se ubicaron asimismo en la costa norte de Sancti Spíritus, en Matanzas y en Pinar del Río, aunque sin la espectacularidad que tienen las de Punta del Este.

Resulta difícil dar una explicación a los dibujos de la Cueva número uno de Punta del Este y, al respecto, se han emitido diversos criterios. Don Fernando Ortiz, el gran polígrafo cubano, los bautizó con el nombre de Capilla Sixtina. Algunos estudiosos cubanos consideran que constituye un centro ceremonial, aunque posiblemente también de utilidad práctica para la observación de los movimientos astrales y los cambios de estaciones, vinculados a la recolección cíclica.

Antonio Núñez Jiménez, espeleólogo y arqueólogo cubano, sostenía que se estaba ante un observatorio solar, puesto que, en los equinoccios de primavera, verano e invierno los rayos solares iluminaban un grupo diferente de pictografía. En el equinoccio de primavera, el 22 de marzo, los rayos del sol ubicados en el centro de la entrada a la cueva, iluminaban los dibujos rojos y negros formados por varios círculos concéntricos, atravesados por una especie de flecha roja. El sol continuaba su ruta por los cielos, saliendo cada amanecer más a la derecha, hasta el 22 de diciembre, solsticio de invierno, cuando reiniciaba su ciclo, desplazándose ahora hacia la izquierda. (Núñez, 1975, P.76).

LAS CULTURAS DE AGRICULTORES

Un gran simbolismo se evidencia en la mayoría de sus útiles y artefactos, aún los de uso cotidiano, que aúnan lo práctico y lo ritual. Realizaron colgantes y collares de conchas, de piedra y de vértebras y utilizaron la oliva (un caracol marino de pequeño tamaño), algunas talladas en forma de cara con una perforación para ser colgadas. Las usaban en sus areitos, bailes rituales, pues al moverse y chocar entre si emiten una hermosa sonoridad. Las espátulas vómicas se confeccionaron a partir de huesos de manatí y estaban también talladas y eran utilizadas por los chamanes para provocarse el vómito purificador antes de iniciar las ceremonias rituales.

Fabricaron hachas de piedra pulimentada en las que esculpieron figuras antropomorfas o antropozoomorfas. De ese material eran algunas de sus deidades, como el llamado ídolo de Bayamo, por haber sido localizado en esa región y, Deminán Caracaracol, entre otros. La escultura lítica era de una gran variedad y perfección técnica.

De madera prepararon bandejas con asas decoradas y los duhos o dujos, unos pequeños asientos que usaban los caciques, a diferencias de los hombres del común que se sentaban en el suelo. Eran utilizados también en actividades ritual al invocar a las deidades. Eran labrados con figuras zoomorfas y antropozoomorfas.

En Baracoa, región oriental de Cuba, se localizó una talla en madera, conocida con el nombre de ídolo del tabaco, debido a la forma del mismo y, porque durante mucho tiempo se consideró que en él se guardaba dicha hierba. Estudios químicos relativamente recientes, demostraron que no solo tabaco fue almacenado en él. El ídolo es una representación humana estilizada, considerada una de las más valiosas piezas de las Antillas. Es una figura hueca de la dura madera del guayacán con una altura de 92 centímetros por 70 de circunferencia en su parte más ancha, cuyos ojos y bocas son de conchas incrustados. En la costa norte de Cuba, Provincia de Ciego de Ávila, en el sitio Los Buchillones, hace ya algunos años que se han estado localizando cientos de tallas en maderas de gran calidad, belleza y perfección.

Las pinturas rupestres tendían a lo figurativo y a lo abstracto. En muchas ocasiones representaron a sus deidades o cemíes (dioses), en diversas esculturas, así como en estalagmitas, estalactitas y petroglifos. Una de las regiones pictográficas más importantes, se localizó en Camaguey, en Sierra de Cubitas, zona caracterizada por la existencia de una gran diversidad de cuevas, en siete de las cuales se ubicaron pictografías de tipo abstracto y también zoomorfias, antropomorfias y manos de colores en rojo y negro, así como motivos pictográficos que se asociaron a decoraciones de cerámicas ubicadas en la zona.

PRÁCTICAS RELATIVAS A LA VIDA Y A LA MUERTE LAS CULTURAS DE PESCADORES CAZADORES-RECOLECTORES

La relación entre la vida y la muerte fue objeto de preocupación desde etapas tempranas de la humanidad. El descifrar ese enigma, encontrar una respuesta, vencer los temores o conocer los ensalmos que pudieran mitigar la pérdida de un ser querido y evitar que hicieran algún daño o maleficio a los vivos, era tan importante como la obtención de alimentos. Esos hechos se vinculaban a la convicción de que los “espíritus” regían

o, mejor dicho, eran parte de la naturaleza y del mundo de los humanos.

Vinculados a algunos entierros, se localizaron las llamadas esferolitias o bolas líticas, así como las dagas de piedra o gladiolitos, considerados, estos últimos, un símbolo de jefatura o elevado nivel social. Tanto las bolas como las dagas se colocaron en forma de ofrenda a determinadas personas. Los tamaños de los gladiolitos fluctúan entre 40 centímetros hasta 15 y 10 los más pequeños, fabricados de piedras blandas, arenisca o esquistos pizarrosos. El arqueólogo cubano René Herrera Fritot, precisó que dada la escasez de los gladiolitos, debieron ser reservados a personalidades que cumplían alguna función social a favor de la colectividad, como símbolo de mando o jerarquía. Sugieren la importancia de prácticas ceremoniales así como la elaboración de una cosmovisión más compleja. De entre esos ejemplares de hachas ceremoniales, debe destacarse un ejemplar localizado en la provincia de Holguín, Cuba.

“Antropomorfa de cuerpo completo (...) De periodita verde, primorosamente tallada y brillante, puede considerarse como la más perfecta en su tipo en Las Antillas. Mide 350 mm. de longitud; 76 mm. de anchura máxima y 48 mm. en su parte más gruesa. Presenta dos perforaciones bicónicas separando, los brazos el cuerpo, (...) Por el dorso presenta los omóplatos, la región glútea y la columna vertebral, todos estos, en suave relieve (Herrera, 1964, P.123).

A las bolas de piedra o esferolitias, de diferentes dimensiones, les habían dado forma mediante la técnica del picoteado. Pueden ser del tamaño de una bola de billar o pequeñas de 1 o 2 centímetros de diámetro, como las bolitas o canicas con la que juegan los niños. Lo importante, además, es que se ubicaban selectivamente, cercanas a algunos de los cráneos de los muertos, no todos ni mucho menos tenían estas ofrendas. De acuerdo a lo observado, se ha considerado que sus dimensiones se asociaban a la edad de quienes recibían la ofrenda, (hubo infantes que las recibieron) y que, a la vez, debía tratarse de personas de cierta jerarquía, o relacionados con ellas, dada su escasez.

Fernando Ortiz, realizó un detenido análisis de los significados que le confirieron distintos pueblos del orbe al recurrir a implementos simbólicos similares a éstos. Las acepciones son diversas, según las comunidades, pero de entre ellos se toman dos que pueden tener relación con lo concebido por estos grupos de indocubanos. Así, en algunas tribus africanas el espíritu de los muertos se simbolizaba con determinadas piedras y, los habitantes de Nigeria del norte:

"...utilizan ciertas piedras como sustitutivas de los cráneos de los muertos (...) según tales creencias el "doble" se "encarna" o mejor dicho se "amundana" en las churingas. [piedras sagradas] (...) Algunos pueblos indios del Orinoco expresaron sus creencias cosmogónicas, según las cuales el mundo fue poblado por sus creadores arrojando a él multitud de piedras de las cuales salieron los seres humanos" (Ortiz, 1943, P. 40-41).

Posiblemente alguna de esas concepciones pudo prevalecer entre los antiguos pobladores de Cuba que los indujo a dedicar parte de su tiempo a tareas "improductivas" y, desarrollar una cosmovisión del mundo que les demandó una elaboración cuidadosa de las esferolitias, para ubicarlas cercanas a los cráneos de ciertos muertos.

Las culturas de pescadores, cazadores, recolectores practicaron dos tipos de entierros, uno primario, y otro llamado secundario. El primero era el simple enterramiento del cadáver, algunos con ofrendas y otros sin ellas, y el secundario se vinculaba a un ritual, mediante el cual, después de un tiempo, éste era inhumado y de él seleccionaban los huesos largos y el cráneo los que teñían con óxido rojo y, nuevamente eran sepultados.

En regiones de la costa sur de Cuba así como en la Ciénaga de Zapata fueron localizados los denominados Montículos o Caneyes de muertos. Tenían una altura de aproximadamente 1, 50 mts, formado por seis capas superpuestas de arriba abajo en el siguiente orden: tierra vegetal, conchas de caracoles o ampularias, tierra negrea

muy fina, caracoles y el fondo sólido de una piedra ferruginosa amarilla. Los esqueletos estaban colocados en la capa media de ampularias (Coscolluela, 1965, P. 97).

Diversas oquedades fueron utilizadas como cementerios, entre ellos el de Marien II, provincia La Habana, caracterizado por entierros primarios, secundarios y muchos adultos acompañados por infantes. Las ofrendas fueron pocas, pero ninguna daga o esferolitia.

LAS CULTURAS DE AGRICULTORES

Los aruacos parlantes, realizaron diferentes formas de entierros. Inhumaron a sus muertos en sitios de habitación, en cuevas o abrigos rocosos, así como en parajes abiertos y, en ocasiones, señalaron los cronistas, los cadáveres eran lanzados al interior de cavernas profundas. Las ofrendas consistían en comida, vasijas de cerámicas y adornos, a veces, hachas petaloideas y collares de cuentas de piedras. En ciertos entierros solo estaban las cabezas y en otros los cuerpos carecían de ellas. Esas carencias puede vincularse al culto de los antepasados, el que se mencionará posteriormente.

En 1986 se localizó en la provincia de Holguín, el sitio "Chorro de Maíta", uno de los más grandes cementerios de las Antillas, en cuyas capas superiores las ofrendas ponían en evidencia el contacto indo hispánico. De los 110 individuos exhumados solo en 25 se observó la presencia de objetos. Mayoritariamente consistían en cuentas de coral, de cuarcita y tubos de metal, aleación de latón y cobre, que permitían pasar un hilo para formar un collar. Estaban colocados en el cuello, tórax, a veces en la pelvis y muñeca del cadáver. Es de suponer que alguno de los muertos debió ostentar una alta jerarquía, posiblemente un cacique, pues la ofrenda consistió además en un medallón de una aleación de oro y cobre, que ellos llamaban guanín. Fue también encontrado un objeto único, un pendiente ornitomorfo en aleación de oro, cobre y plata. Actualmente se ha organizado un museo a cielo abierto conservando in situ los hallazgos realizados.

MITO, MAGIA Y RELIGIOSIDAD DE LOS ARUACOS INDOCUBANOS

Los jefes o caciques presidían las ceremonias rituales, en las que intervenían el o los behiques. Estos desempeñaban un papel trascendente en un mundo donde los hombres se consideraban sometidos a la buena o mala voluntad de sus dioses y de los espíritus, que, por otra parte, convivían con ellos. Nada transcurría en sus vidas sin la intervención de aquellos. Según su cosmovisión, no existía una clara división entre lo que, para nuestra concepción, sería la vida material y la espiritual. Los behiques tenían conocimientos de las propiedades de las plantas curativas, venenosas, abortivas, etc. Curaban a los enfermos y eran los intermediarios entre los hombres y sus dioses o espíritus benefactores u hostiles. Toda actividad se hacía a través de actos y rituales mágicos.

“Cuando alguno está enfermo lo llevan al behique que es el médico (...) obligado a guardar dieta lo mismo que el paciente, y poner cara de enfermo. (...) Es preciso que también se purgue como el enfermo, y para purgarse toman cierto polvo, llamado cohoba aspirándolo por la nariz, el cual los embriaga de tal modo que no saben lo que hacen, y así dicen muchas cosas fuera de juicio, y en las cuales afirman que hablan con los cemís y que éstos les dicen que de ellos ha venido la enfermedad” (Pané, 1990, P.35).

Cuando el behique iba ver a un enfermo le prescribía las hierbas curativas, pero siempre rodeado de determinado ritual. Se purificaba mediante el vómito provocado por las espátulas elaboradas con esos fines y, se introducía piedrecillas o comida en la boca para luego, en el momento oportuno, sacársela y mostrarle al enfermo la causa de su dolencia y el por qué el cemí lo había castigado. Aún cuando gozaba de gran prestigio y prerrogativas debido a sus conocimientos, era vulnerable si se sucedían fracasos ante sus sortilegios o si moría una persona importante que había dejado muchos parientes, porque éstos podían castigarlo dejándolo casi muerto, según contó Pané. De todos modos la

comunidad necesitaba de sus ensalmos como parte de la vida misma.

Aún cuando el fraile Ramón Pané hizo sus observaciones en uno de los cacicazgos de La Española, la arqueología y las evidencias materiales de sus dioses, localizados en la Mayor de las Antillas, hacen posible confirmar la validez de varias de esas creencias entre los aruacos de Cuba.

El mito de origen se relaciona con una cueva donde habitaban antes de salir a la superficie y es posible que la oscuridad la asociaran con el vientre materno. En Cuba se localizó en la región más oriental, en Maisí, una gran cueva, la de la Patana, que puede asociarse a una cueva de origen. Se trata de uno de los sitios ceremoniales más importantes de los ubicados en Cuba por sus evidencias materiales. Esos artífices, eran integrantes de la última oleada migratoria de los aruacos, correspondiéndose con la etnia taína, cuyo flujo fue interrumpido por la irrupción de los españoles.

Según el relato, durante el tiempo en que los hombres permanecieron en la Cueva, debían hacer guardia durante la noche. Un día, uno de ellos, Mácoael demoró en regresar y le cerraron la puerta. El sol se lo llevó y lo convirtió en piedra frente a la entrada de la cueva. En La Patana, a unos cincuenta metros de su entrada, en una gran estalagmita de alrededor de cuatro pies de altura tallaron la cara y el cuerpo de un cemí, que bien pudiera ser la representación de Mácoael. En el suelo, una diversidad de petroglifos parecen representar un gran grupo antropozoomorfo. En el pasillo, a ambos lados de la galería de la cueva que conduce directamente hacia el cemí principal, están grabadas aproximadamente a 15 metros de éste, en sendas estalagmitas, dos deidades, las cuales se asocian a los guardianes que cuidaban la entrada. La representación del gran cemí debió pesar unas 900 libras. El arqueólogo norteamericano que hizo la exploración, la aserró en cinco partes para llevársela a Estados Unidos donde aún permanece.

Las cuevas fueron con frecuencia, considerados recintos sagrados. Muchas veces utilizadas para enterrar a sus muertos, así como también, para realizar cultos a sus dioses. Pané

relata que ellos decían que el sol y la luna salieron de dos cuevas para iluminar a los hombres. Reverenciaban a una pareja de pequeños cemíes de piedra, Boinayel y Marohu. Representaciones de estos jimaguas, fueron ubicadas en Cuba. El primero era hijo de la serpiente parda, la metamorfosis de las nubes cargadas de agua, y el segundo, su opuesto, un cielo sin nubes que anunciaba un tiempo despejado. Dice el fraile que, cuando necesitaban que lloviera, visitaban la cueva y enseguida se iniciaban los aguaceros.

También realizaban cultos a los antepasados. En más de una oportunidad Colón, en su recorrido por Cuba, refirió haber visto colgadas en las viviendas de los agricultores, un cestillo que contenían huesos de los padres, madres u otros ancestros y, a veces, las cabezas. Es significativo que, en algún enterramiento, el cadáveres carecieran de ella.

Consideraban que ciertos espíritus podían materializarse durante la noche. Goiz el espíritu que habitaba el cuerpo de los vivos y Opita u Operito el de los muertos. La presencia o ausencia de ombligo determinaba el estado de la persona. Varios de sus Cemíes carecen de éste y otros por el contrario lo tienen bien delimitado, como símbolo de vida. Durante la noche, los Opita podían corporizarse e incluso intentar compartir la hamaca de un vivo, por eso era muy importante que ante cualquier duda inmediatamente palparan la zona del ombligo, con lo cual se aclaraba la naturaleza del intruso.

Otra leyenda avalada por localizaciones arqueológicas es la de un cemí con la espalda hinchada. Reflejo de la aventura corrida por Deminán Caracaracol, el sarnoso. Habiéndole pedido casabe al viejo Bayamanaco, éste le arrojó a la espalda un guanguayo con cohoba. La espalda le dolía y creció, hasta que sus hermanos se la abrieron y salió de ella una tortuga hembra (6). En torno a este mito se desprenden varios componentes rituales. El acceso al conocimiento de la transformación de la yuca en pan comestible, la cohoba, compuesto de tabaco y alucinógenos que se utilizaba en las ceremonias en las cuales el chamán se comunicaba con sus dioses y, la tortuga, aún no descifrado su papel, pero cabe señalar la hipótesis de la relación entre

la deformación craneana practicada por los aruacos y este quelonio. En Cuba se encontró una tortuga esculpida en diorita, de gran perfección y belleza.

El más importante de sus Dioses era Yucahu Bagua Maorocoti, el espíritu supremo de la yuca, seguido de Vaybrama de quien dependía el desarrollo del tubérculo. Uno de sus cemíes, del sexo femenino llamada Guabancex, cuando se encolerizaba hacía mover el viento y el agua, echaba por tierra las casas y arrancaba los árboles. Otros dos cemíes eran sus compañeros. Guatuabé, el pregonero y heraldo, por orden de Guabancex convocaba a los otros cemíes para que ayudaran a hacer viento y, a Coastrisque le correspondía recoger las aguas en los valles entre las montañas para luego dejarla correr y destruyera todo a su paso. Esa trilogía de dioses está vinculada a los fenómenos de la naturaleza tan frecuentes en el Caribe: el huracán, el trueno y los aguaceros tropicales.

Esos Cemíes y espíritus que poblaban el mundo aruaco, requerían de una serie de sortilegios con el fin de obtener su buena voluntad y evitar sus enojos y maleficios. En muchas situaciones eran partícipes los integrantes de la comunidad y para ello se reunían en la plaza ubicada en el centro de la aldea donde se realizaban las ceremonias rituales, en las que se consumía bebidas fermentadas y se realizaba la ceremonia de la cohoba. Ese ritual consistía en que el cacique y el behique aspiraban polvos alucinógenos mezclados con tabaco, mediante inhaladores especiales, como forma de lograr la comunicación con sus dioses.

Los areitos eran bailes y cánticos, a través de los cuales se transmitía información y se recordaban hechos importantes para la memoria colectiva. Bailaban y cantaban toda la noche, hombres y mujeres todos juntos, sin salirse del compás. Dijo Las Casas

Practicaban el juego de pelota, también de carácter ritual. Ésto solo podía tocarse con las caderas y en él participaban entre 20 y 30 personas de ambos sexos. Esa era, en apretada síntesis el mundo y la cultura desarrollados por los distintos grupos que poblaron el archipiélago cubano de entre 10 000 años al siglo XV d.n.e.

NOTAS

1. Ese nombre ya no resulta apropiado para designar a todas las culturas caribeñas de cazadores, entre otras consideraciones, porque se han encontrado diversos tipos de instrumental propio de esas actividades, en otras regiones de Cuba, que no son como las de Seboruco y presentan características distintivas, así como en sus forma de elaboración.
2. Lo dicho sobre estas poblaciones, no está exento de exageraciones, de prejuicios, de los fines de evangelización y dominio de los conquistadores y de las mentalidades de una época que distorsionaba la visión del otro. El propio Colón, siempre insistió que había llegado a las tierras del Gran Kan. Debía justificar su empresa ante los reyes "Católicos" y los comerciantes y banqueros que habían hecho inversiones económicas y esperaban resarcirse de los gastos o, como Bartolomé de Las Casas que asumió la defensa de los indios e insistía en su carácter pacífico e inofensivo, hecho que no es del todo cierto.
3. El término taíno significa en lengua arauca, buenos, nobles.
4. El término Ciboney, proviene de las palabras aruacas: Ciba que significa piedra y, eyeri que equivale a hombre.
5. En la región caribeña, esas estructuras políticas de transición a la sociedad de clases, se las denomina cacicazgos. Tanto en La Española como en Borinquen, estaban más evolucionadas y consolidadas que las de Cuba, dada la mayor antigüedad del poblamiento.
6. Para ampliar sobre la mitología arauca ver Ramón Pané: Ob. Cit. y M. López Balart: El mito Taíno. Raíz y proyección en el Amazonia Central, 1976.

BIBLIOGRAFÍA

Arrom, José Juan (1975). Mitología y artes prehispánicas en las Antillas, México: Editorial Siglo XXI.

Casas, Bartolomé de las. (1951) Historia de las Indias, (3 tomos), México: Fondo de Cultura económica.

-----"Relaciones que hicieron algunos religiosos sobre los excesos que había en Indias, y varios memoriales de personas particulares que informan de cosas que convendría remediar". EN: Hortensia Pichardo (1965) Documentos para la Historia de Cuba, p. 63.

Colón, Cristóbal. (1984) Textos y documentos completos. Relación de viajes, cartas y Memoriales, Madrid: Alianza Editorial.

Coscolluela, Juan Antonio (1965) Cuatro Años en la Ciénaga de Zapata. La Habana: Comisión cubana de la UNESCO.

Fariñas, G. M. Daisy. (1995) Religión en las Antillas, La Habana: Editorial Academia.

Fernández de Oviedo, Gonzalo. (1944) Historia general y natural de las Indias, (Tomo II) Paraguay: Editorial Guaranía.

García Arévalo, Manuel. (1988) El Murciélago y la lechuza en la cultura taína. República Dominicana: Fundación García Arévalo.

Guarch del Monte, José M. (1978): El taíno de Cuba. La Habana: Editorial Academia.

Herrera Fritot, R. (1964) Estudio de las Hachas Antillanas. La Habana: Empresa de Artes Gráficas.

Lopez Balart, M. (1976) El mito Taíno. Raíz y proyección en la Amazonia Central, Buenos Aires: Editorial Huracán.

Moreira, Lillián. (1999) La Sociedad Comunitaria de Cuba. La Habana: Editorial Félix Varela. -----: "¿Hubo Cacicazgos en la mayor de las Antillas?" En: CATAURO Revista cubana de Antropología, Año 5 No.8, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, julio-diciembre, 2003 pp. 144-158.

Nuñez Jiménez, Antonio. (1975) Cuba: Dibujos rupestre. La Habana: editorial. Ciencias Sociales, y Lima, Perú, e INDUSTRIAL gráfica S.A.

Ortiz, Fernando (1943) Cuatro Culturas Indias. La Habana: edit. Arellano y Cia.

Pané (fray) R. (1990) Relación acerca de las antigüedades de los indios. La Habana, Editoria Ciencias Sociales.

Valcárcel, Roberto y C. Rodríguez: "Muerte, desigualdad social y jefaturas en Chorro de Maíta" En: CATAURO Revista cubana de Antropología, Año 5 No.8, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, julio-diciembre, 2003, pp. 112-12.